EL CONTINUO LÉXICO ESPECÍFICO-LÉXICO ESTÁNDAR EN LA ENSEÑANZA DEL ESPAÑOL COMO SEGUNDA LENGUA

JUAN MANUEL GARCÍA PLATERO
Universidad de Sevilla

Resulta difícil hablar de divisiones tajantes en el análisis del léxico estándar cuando nos referimos a la enseñanza del español, dado que el corpus utilizado para extraer las herramientas necesarias se ha de acomodar, sin lugar a dudas, a una realidad poliédrica. Se ha evolucionado desde una concepción estática a un dinamismo no discreto en consonancia con el avance de las tecnologías y de los medios de comunicación, lo que nos hace poner en entredicho la propia consideración del modelo ejemplar del que se parte, pues las unidades léxicas catalogadas tradicionalmente en la especificidad forman parte del idiolecto del hablante medio. Del mismo modo, en la enseñanza-aprendizaje de los lenguajes sectoriales no nos encontramos ante idealizaciones autosuficientes.

Es bien sabido que el hablante necesita un ideal lingüístico al que, según sus capacidades o circunstancias personales, puede o no aproximarse. En el ámbito académico, donde se aúnan los conocimientos de las virtualidades del sistema con las restricciones más o menos caprichosas de las normas de consenso, este ideal va a estar aún más presente. De ahí que desde una perspectiva teórica se aluda a la conjunción de varias lenguas funcionales. Se habla, en este sentido, de una sincronía dada, es decir, de una

homogeneidad derivada del momento en el que se desarrollan los actos comunicativos, de una sintopía marcada por el modelo fundamentalmente fonético de una zona geográfica determinada (o la conjunción de varías, según los casos), de una sinfasía ceñida a usos de formalidad lingüística, esto es, lo que podríamos llamar registro elevado, propio de situaciones comunicativas no *familiares* y, por último, de una sinstratía, entendida como variedad social prestigiosa, lo cual no significa que se establezca de forma necesaria una identificación entre los rasgos de las clases dominantes y lo estándar, ya que, de lo contrario, los problemas de accesibilidad léxica perjudicarían el cumplimiento del criterio de universalidad, esencial en la consideración niveladora de la variedad de consenso (Galán Rodríguez y Montero Melchor, 2002).

Del diasistema se extrae artificialmente una homogeneidad funcional que sirve de vehículo comunicativo, sin las distorsiones que dificultan el entendimiento global entre los hablantes que comparten la llamada lengua histórica. Gracias a esta abstracción se establece un principio válido para los fines del lingüista basado en la existencia de compartimentos estancos, ya que se acude a funcionalidades a partir de la heterogeneidad real. Pero, en el fondo, todos sabemos que la observación de los actos comunicativos cotidianos refleja una continuidad que imposibilita establecer divisiones estrictas.

En el ámbito glosodidáctico, se habla de usos con fines específicos en relación con el concepto de variedad sinstrática, pero se subraya una finalidad inmediata, al margen de planteamientos sociolingüísticos[1]. Esto nos lleva a considerar la existencia de una variedad usada en contextos académicos, restringida, por lo tanto, al empleo de los diferentes niveles de lengua en el aprendizaje superior, frente a otros sistemas con miras laborales.

[1] Evidentemente la lengua de especialidad experimenta diversificación sistemática en el eje tipo temporal o geográfico, así como adecuaciones a las intenciones o propósitos comunicativos (Cabré, 1993: 157-163).

Con la inmediatez de lo fines glosodidácticos[2], intensificada en la dimensión específica, cabe el riesgo de establecer enfoques dominados por presupuestos teóricos que, en principio, parecen combatir la idea de competencia comunicativa. En efecto, si desde el pensamiento estructural se parte de una simplificación del complejo lingüístico que justifique los principios de relaciones solidarias entre las unidades, desde un enfoque orientado a la realidad del aula se puede caer en una visión poco realista, en la medida en que obvie la idea de una flexible continuidad y se parta de los señalados compartimentos estancos, que, especialmente en el ámbito del léxico, son tan falsos como improductivos. Es decir, en el fondo, se defiende lo que se critica.

En efecto, vivimos un tiempo de animadversión a lo que no posee una finalidad inmediata, ya que se argumenta que la experiencia en el aula lo avala todo. Este rechazo frontal a cualquier disquisición considerada poco realista conlleva una fe ciega en los desarrollos de competencias, pero, en el fondo, se parte de presupuestos que pueden ponerse en entredicho con similares argumentos.

Si, por ejemplo, nos centramos en la enseñanza-aprendizaje de la variedad considerada estándar, dependiendo del nivel de conocimiento de los alumnos, todos estamos de acuerdo en que no es posible eludir las unidades coloquiales, incluidos, por supuesto, los fraseologismos, ya que no puede establecerse una disociación entre lo que se aprende en clase y lo que se escucha en la calle. Además la coloquialidad del discurso está presente, qué duda cabe, en los medios de comunicación, elementos fundamentales en la configuración normativa[3], por lo que no hemos de obviar su importancia glosodidáctica. Lo mismo ocurre con las otras voces específicas.

---

[2] No olvidemos que nos encontramos con una de las más desarrolladas ramas de la lingüística aplicada.

[3] Los medios de comunicación difunden un número importante de términos encuadrados, inicialmente en una lengua sectorial determinada. Hay que reiterar que el corpus periodístico resulta esencial para la enseñanza-aprendizaje y así se entiende cuando se elaboran materiales didácticos, incluidos los repertorios lexicográficos, ya que se parte de una documentación más cercana a la heterogeneidad de la realidad

En una sociedad global es difícil prescindir del conocimiento de tecnicismos sin caer en problemas de descodificación en discursos comunicativos no inicialmente restringidos. No puede ubicarse en la periferia del sistema lo que es de empleo habitual, de imprescindible conocimiento para una correcta fluidez comunicativa, ya que no son pocas las situaciones cotidianas en las que se requiere la novedad y, obviamente, su significante.

Si nos enfrentamos a una lengua viva, en continua transformación, el neologismo manifiesta una realidad ineludible, en la medida en que define, como palabra testigo, una sociedad también en movimiento. Obviamente, entender una sociedad es entender una lengua, y viceversa. En todo caso, la selección de las unidades neológicas de conocimiento necesario debe adecuarse a situaciones muy variadas.

Cuando hablamos de neologismo, no siempre diferenciado del neónimo (Cabré, 1993), entendido como creación terminológica, podemos asumir sin especiales dudas teóricas, pese a las lógicas reservas, la existencia de un corpus de exclusión de carácter lexicográfico, habitualmente académico. En todo caso, el tecnicismo divulgado, y, por ello, recientemente incluido en una coiné, puede considerarse una unidad neológica si se materializa el paso de lo sectorial a lo global, es decir, si se recoge en situaciones de comunicación no estrictamente restringidas[4]. Pero hay que insistir en que la novedad viene dada por este empleo no restringido socialmente, ya que como uso específico se encontraba consolidado, al ser habitual entre los hablantes del sociolecto.

El hecho de que el vocablo específico no figure inicialmente en un repertorio lexicográfico general, y, por supuesto, en los llamados diccionarios de aprendizaje, no implica su consideración previa neológica, debido a las restricciones con la que los propios catálogos léxicos suelen operar en la

lingüística, por más que en el caso de los diccionarios el tratamiento de las voces restringidas sea mejorable, tanto desde el punto de vista macroestructural como microestructural.

[4] Pensemos, por ejemplo, en términos relacionados con el ámbito de la economía o la medicina.

selección macroestructural. Con el tiempo, gracias a la frecuencia de uso, se llega a la sanción lexicográfica, con delimitación de empleo (con marca de restricción) o sin ella (se hace referencia a la utilización de la unidad léxica en situaciones comunicativas no necesariamente restringidas[5]). De ahí que se produzca una gradación entre lo neonímico, lo neológico, lo relativamente restringido, por ello sancionado lexicográficamente, y, finalmente, lo genérico.

En relación con lo dicho, se puede hablar de superposición de planos, en la medida en que el discurso de divulgación se confunde con el empleado en el acto de comunicación naturalmente restrictivo, condicionado por una realidad sectorializada, lo que confiere más complejidad a la delimitación de las lenguas funcionales que se manejan. De ahí que podamos referirnos a una tendencia banalizadora (García Platero (1999). En este sentido, Galán Rodríguez y Montero Melchor (2002: 16) establecen la siguiente precisión:

> […] no se puede equiparar la modalidad de lengua que se emplea entre profesionales o expertos (donde supuestamente existe una paridad cognoscitiva y una simetría comunicativa entre los interlocutores) con la que se utiliza para divulgar esos mismos conocimientos a un público lego en la materia. No solo los participantes del acto comunicativo imponen una coherencia distinta, sino que además el contexto y el medio de transmisión condicionan enormemente la estructura.

Debido al efecto sociodifusor de los medios de comunicación se propicia un uso no sectorializado del vocablo científico o técnico entre los hablantes. Si nos encontramos con una unidad léxica inicialmente

[5] No hay que olvidar que en la microestructura la ausencia de marca lexicográfica implica una información para el usuario.

especializa, ubicada en una lengua funcional sinstrática, que se emplea fuera de su hábitat lingüístico natural, es decir, una situación comunicativa restrictiva por razones sociales, se puede hablar de una banalización léxica, que no vulgarización. En este sentido, Cabré (1993: 139), al abordar los criterios de definición de los lenguajes de especialidad, recurre a la variable temática partiendo de un supuesto:

> […] solo pueden ser productores de comunicaciones científico-técnicas o profesionales de nivel restringido los individuos que poseen un conocimiento específico de una temática, conocimiento adquirido por aprendizaje; pueden ser receptores de comunicaciones de temática restringida tanto los especialistas del tema en cuestión, que a la vez pueden actuar interactivamente como emisores en cualquier acto comunicativo, como el público en general, que recibe pasivamente en calidad de aprendiz las comunicaciones especializadas.

Por su parte, y pese a reconocer la dificultad de establecer fronteras en el tratamiento del léxico científico, Gutiérrez Rodilla (1998: 106) distingue entre léxico especializado banalizado, el usado por cualquier hablante cuando produce mensajes (*ácido*, *alcohol*, *suma*, *multiplicación*, etc.), léxico especializado de tronco común, que utilizan los hablantes como usuarios, pero no como productores (*diurético*, *ozono*, etc.), léxico especializado fundamental o básico, el que aprenden los alumnos de bachillerato (*leucocito*, *coseno*, etc.) y el ultraespecializado, de empleo único entre los profesionales en la situaciones requeridas por su ámbito específico.

La banalización, carente de todo valor peyorativo[6], se caracteriza por el consenso, la estabilidad y la habitualidad, si bien no se pueden establecer

[6] Únicamente se subrayan las diferencias situacionales que separan el discurso divulgativo de la modalidad profesional sectorializada.

límites especialmente rigurosos. En el análisis de estas voces banalizadas se habla, por ejemplo, de la tendencia a la monorreferencialidad y al uso de los formantes lexicogenésicos de carácter culto, los llamados seudoprefijos y seudosufijos. A ello habría que añadir la recurrencia a otras lenguas, especialmente el inglés. Pero, una vez más, se impone la continuidad entre las diferentes categorizaciones, por lo que las diferencias se aminoran.

En efecto, puede comprobarse una tendencia a la monosemia en los tecnolectos, pero se dan no pocas excepciones, como se constata con las unidades polisémicas[7]. Del mismo modo, se habla de la inexistencia de sinónimos[8]. Al margen de la identidad significativa entre dos tecnicismos, se ha acudido a la pertenencia de un vocablo a una lengua funcional de carácter sociolectal frente a la inclusión en la variedad estándar de la otra unidad léxica para establecer la diferenciación pertinente y negar la existencia de la sinonimia[9]. En estos casos, junto con la distinta ubicación funcional se ha hablado de valores de connotación, que se neutralizan si acudimos al concepto de idiolecto, es decir, la forma particular de expresión de cada hablante, de ahí que se pueda hablar de sinonimia entre estas unidades léxicas, tal y como ha defendido, entre otros, Gregorio Salvador.

En cuanto al empleo de los formantes cultos, no son pocos los casos de traslado del ámbito restringido a otras situaciones comunicativas[10] (pensemos, por ejemplo, en la productividad de a*uto-*, *tele-*, etc., en los usos intensificadores de *súper-*, *mega-*, *ultra-*, o en los valores burlescos o disfemísticos, según la intencionalidad, de constituyentes como *-oide* o *-itis*).

He hecho antes referencia al empleo de extranjerismos en las voces tecnolectales. Dado que se superponen, como se dijo antes, los planos de divulgación científica y de restricción de uso, la integración de estos vocablos

[7] Pensemos, por ejemplo, sin alejarnos mucho de nuestros intereses, en los estudios lingüísticos.
[8] Lo cual, si volvemos al ámbito de la terminología lingüística, es ciertamente discutible.
[9] Esto ocurre, por ejemplo, entre *oculista* y *oftalmólogo*.
[10] Este transvase entre lenguas funcionales se comprueba, lógicamente, en el plano semántico traslaticio.

en el léxico disponible de los hablantes dependerá obviamente de la extensión del ámbito de conocimiento en los hábitos de una sociedad. Desde una perspectiva glosodidáctica, se ha dicho que la presencia especialmente activa del léxico foráneo en una lengua meta dificulta la empatía necesaria para abandonar actitudes etnocéntricas, y, por lo tanto, cierto grado de aculturación. En este sentido, hay quien puede pensar que la empatía basada en la participación afectiva en una cultura distinta de la que caracteriza a la lengua nativa del aprendiz no parece imprescindible si hablamos de la inmediatez requerida en la aplicación concreta que subyace en todo conocimiento con fines específicos.

Estos planteamientos, artificialmente reduccionistas, son similares, salvando las distancias, a los que pueden defenderse en los mecanismos de codificación léxica. Por ejemplo, si resulta eficaz trabajar en el aula con un corpus que contenga voces neológicas, no necesariamente neonímicas, para hacer entender la importancia de las tendencias lexicogenésicas, más interesantes que la unidad creada en sí misma[11], cuando nos referimos a fines específicos podríamos pensar que al hacerse obviamente hincapié en el conocimiento del término, por las señaladas necesidades de aplicación a la realidad inmediata, se dejan a un lado las pautas que inciden en la codificación.

El enfoque supone, obviamente, una simplificación que parte de varias ideas erróneas. Así, se piensa que el aprendiz de una lengua sectorial permanece impasible ante todo lo que le rodea, que únicamente se ciñe a una especificidad que le generará beneficios, que no necesariamente ha de desarrollar empatía con la cultura representada por la lengua histórica, de la que se extrae una entidad autosuficiente, y que va a finalizar con éxito su tarea de aprendizaje, sin ningún tipo de tergiversación de la realidad y sin frustraciones que no puedan mitigarse.

[11] Al margen de que reflejen ciertas actitudes socioculturales, como ocurre, por ejemplo, con la creación de doctrinas *ad hoc* (*-ismo*, *-ista*).

Si no se entiende el aprendizaje del léxico común de una lengua sin la inclusión de los tecnicismos más habituales[12], tampoco puede concebirse la adquisición de un vocabulario específico sin el conocimiento de las tendencias léxicas de la lengua funcional considerada modélica en la enseñanza del sistema no restringido. Obviar esto supone mitigar el valor pragmático de las unidades léxicas no necesariamente específicas o desconocer la importancia del *mercado lingüístico*, pues determinadas actividades profesionales requieren de hablantes que no dominen únicamente un código de restricción, sino que sean capaces de adoptar rasgos propios de formalidad comunicativa, independientemente del estatuto social en el que puedan ubicarse por sus retribuciones.

El manejo de una lengua va más a allá del conocimiento de unas unidades léxicas mecánicamente disponibles. El hablante que se ciña a estos cortos parámetros no desarrollará con éxito su labor, ya que al estigma del no nativo se unirá el de ineficaz profesional, pero hay quien no comprende esto. Precisamente los que desafían las directrices basadas en planteamientos teóricos que conducen a la nada, frente a la supuesta sabiduría que proporciona la dura realidad del aula, caen, como señalé más arriba, en abstractas simplificaciones de manual. La diferencia estriba en que en este último caso no se idealiza la realidad para cohesionar una teoría científica, sino que desde la perspectiva de la inmediatez se consolida el fracaso. En este sentido, Moreno Fernández (2000: 59), señala:

> Una cuestión importante en relación con todo ello es dónde están los límites entre una lengua de especialidad y la lengua general. Este aspecto no solo es grave sino que complica la vida de los teóricos, de los autores de manuales de lenguas con fines específicos, de los jefes de estudios de cursos especiales, que tienen que distribuir a sus alumnos por

[12] Y, por ello, dado el antes señalado proceso banalizador, desprovistos de su entorno natural inmediato, al pertenecer a un discurso de divulgación.

> niveles, y de los propios alumnos de cursos de lenguas extranjeras, que pueden llegar a perder la motivación si se les insiste en una parte general de la lengua, que ya conocen, o si ven que no avanzan en sus conocimientos específicos porque les falta base en sus conocimientos de la lengua común.

En definitiva, en el manejo comunicativo es imprescindible el dominio de un número considerable de tecnicismos, los más generalizados, pues el avance de la sociedad así lo exige. Del mismo modo, los conocimientos sectoriales no pueden dejar al margen el aprendizaje de unos estándares flexibles que permitan la formación de buenos profesionales en las diferentes materias. Es necesario eludir los sistematismos, no crear falsas expectativas basadas en la inmediatez sin esfuerzo y comprender que las lenguas son entidades vivas y complejas. No hay delimitaciones taxativas, sino un continuo de aprendizaje enriquecedor y fascinante.

Bibliografía

CABRÉ, María Teresa (1993): *La terminología. Teoría, metodología, aplicaciones*, Barcelona: Antártida/Empúries.

GALÁN RODRÍGUEZ, Carmen y Jesús MONTERO MELCHOR (2002): *El discurso tecnocientífico: la caja de herramientas del lenguaje*, Madrid. Arco/Libro.

GARCÍA PLATERO, Juan Manuel (1999): «El léxico científico-técnico en el discurso periodístico», en José Antonio SAMPER PADILLA y Magnolia TROYA DÉNIZ (coords.), *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, Las Palmas de Gran Canaria: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria-Librería Nogal, 227-232.

GUTIÉRREZ RODILLA, Bertha M. (1998): *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científica*, Barcelona: Ediciones Península.

MORENO FERNÁNDEZ, Francisco (2000): *Qué español enseñar*, Madrid: Arco/Libros.